



LA ÓRBITA DE VYZ

Sobre Sandra Gasparini y Hernán Bergara. *Inzombio y relatos fantasma*s. Buenos Aires: Baldíos en la Lengua, 2018. 120 pp.

Emiliano Rodríguez Montiel
Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Todo en *Inzombio* es dual: sus autores (Sandra Gasparini y Hernán Bergara), el colectivo que representan (VYZ: “fusión única y sin precedentes entre una vampira y un zombi”), los problemas que se exploran (machismo/hembrismo; terrícolas/extraterrestres; ciencia/parafilia; realidad/ficción; siglo diecinueve/siglo veintiuno), el personaje de género fluido que oficia de editor/a (“Cadorna es la dualidad misma, lo académico y lo mostrenco, los gemelos solares”). Una naturaleza bifronte, cristalizada jovialmente en su título, que hace de esta antología de nueve relatos breves un espécimen extraño, excéntrico, y al mismo tiempo exacto dentro de lo que, en su mayor generalidad, podemos llamar narrativa argentina del presente. Pues, entre lo *creepy* y lo *cringe*, *Inzombio* es -gracias a la convivencia inteligente que propone entre organismos de distinta especie: teoría de género con *fanfiction*, cultura libresca con cultura web, discurso científico con género de terror), el semblante acabado de una genética generacional

cuya pulsión no es la de hacerse cargo de las cláusulas, responsabilidades y demandas que históricamente han organizado la tradición (disputarse un lugar con sus pares, tomar una posición respecto del pasado, abrazar tal o cual referente *netamente* literario, etc.) sino, mucho mejor, fraguar un universo enteramente propio. Y así, haciendo valer una caja de herramientas personalísima, sobre una misma superficie sintáctica se reúnen y frotan sin preocupación los nombres de Derrida, Fogwill, De Certeau, Laiseca, Aira, Borges y Tarkovski, con siglas extirpadas de la jungla virtual: “selfi”, “guasap”, “fase”, “jajaja”, “wifi”, “youtubers”.

El primer cuento, “El lobo (precuela y secuela)”, es un relato coral, símil al intercambio tácito de voces que estructura “La señorita Cora”, salvo que, si la condición binaria está dada en el cuento de Cortázar por la tensión entre lo sano y lo enfermo (la infancia y la adultez, lo real y lo imaginario, la vida y la muerte), aquí, por el contrario, se cifra por un juego de roles *a lo Perrault*: el machismo “cóncavo” del lobo, por un lado, y el hembrismo “convexo” de Caperucita, por otro. El *gag*, por supuesto, acontece al sacar de contexto dicha dualidad, al *actualizarla*, en otras palabras, sobre la base de una coyuntura dinamitada por el cuestionamiento de la violencia patriarcal. El lobo, ahora, pierde, Caperucita, ahora, decide: “Quería romperle el culo y decirle te amo. Se lo dijo mirándola firmemente a los ojos. Pero se sorprendió cuando ella le respondió que aceptaba solo si él la dejaba romperselo también” (p. 17).

En “Body Alien”, la segunda entrega, la apuesta contra el sexo masculino se renueva. Como si el machirulismo, antes

que una ideología y una práctica meramente terrícola, fuera el ADN de una especie más extensa, más democrática, más universal, al punto de incluir bajo sus filas a un extraterrestre oriundo de Venus -la meca y hábitat natural de todos los *sex machine*-, “Body Alien” narra la historia tóxica entre Dalia, una crítica especializada en ciencia ficción (*¿alter ego* de Sandra Gasparini?), y un venusino adepto al chocolate y parecido a Arnaldo André, tan “perfectamente proporcionado” para el placer femenino que, con sólo mirarla, le provoca un “largo orgasmo” arriba del 515: “sentada, juntado a la ventanilla, descubrió que alguien la miraba [...] Comenzó a sentir un cosquilleo simultáneo en la entrepierna y en la nuca. Sudoración en las manos [...] Se sentía en una orgía imaginaria, pero gozaba de verdad” (p. 26).

Pero el colmo de la misandria llega con “Fotos de cuando ella era chiquita”, texto brevísimo pero contundente: no hay nada que hacer, el hombre es “un enfermo de la cabeza”, “un onanista”, “un loco”, “un infradotado”, un “pedófilo” que le pide a su novia Brenda fotos de cuando era niña: “¡Es un asco lo que hacés! ¡Sos un asco inimaginable!” (p. 44). Herido de muerte, sin más dignidad que la de seguir apareciendo en la órbita de VyZ, los relatos que siguen se encargan de finiquitar el asunto, de horadar la virilidad del lobo, de patear en el piso el miembro semental del alienígena: “son horribles los hombres, no son lindos nunca” (p. 57); “todos los hombres son una manga de inútiles. Unos forros”, “no se porta bien con las mujeres. Total es poderoso [...] En la mesa redonda del bar de costumbre, con los amigos de sin papeleta de conchabo y la novia con la que se exhibe” (p. 71).

¿Cómo leer esta carnicería, esta puesta en el paredón a todo aquel que ose portar y exhibir, en la órbita de VyZ, “la japi”? Una clave o respuesta se asoma, si se quiere, en “La máquina de tercerizar”. Entrando en explícita conversación con “El fin”, de lo que se trata en *Inzombio* es de emular la misma vendetta que ejecuta el hermano del negro en la posdata borgeana: “Una sonrisa de satisfacción cerró esa escena: cumplida su tarea de involuntaria justiciera, ahora era nadie. Mejor dicho era el otro, o el orto: ya no tenía destino sobre la tierra y había matado a muchos hombres” (p. 70). Pero hay más: las mujeres del satélite VyZ sintonizan -y de qué modo- con el feminismo revisionista que Gabriela Cabezón Cámara ensaya en *Las aventuras de la China Iron* (2017). Haciendo un uso fértil del anacronismo literario, ambas ficciones exploran – figuran y hasta reivindican, hablan y ficcionalizan- con ojos del siglo veintiuno ciertas identidades (sexuales, genéricas) inconcebibles para el imaginario patriarcal del siglo diecinueve: “Somos todos putos y tortilleras en ejercicio de la heterosexualidad con personas del mismo sexo” gritan a los cuatro vientos *les femmes fatales* de *Inzombio* (p. 81). Antes que héroe nacional (Lugones), sabio consejero (Hernández), hombre con destino novelesco (Borges), y homosexual (Kohan), el Fierro de la Cabezón Cámara y VyZ es ahora bruto, cobarde, borracho y bestia. Incluso VyZ va más lejos quitándoles lo más varonil de lo varonil: el deseo de tener sexo, su condición de *sex-machine*: “en tren de tercerizar, ahora tercerizaba la pija [...] sólo quiere coger en pajas: en pelis porno, en vibradores [...] ‘Ponerla’ era un verbo que lo

ahuecaba [...] Nos da vergüenza ser contemporáneo suyo”
(pp. 72-74).

Literatura para *freaks*, ex bloggers, militantes del taller literario, mitad poetas y mitad narradores, amigos del vino y de la ola verde, de aquellos que -educados sensiblemente en los ‘00- han ido acompañando la producción de Mariana Enríquez, Leonardo Oyola y César Aira, entre miles de otros, *Inzombio* podría, por qué no, abanderarse bajo el siguiente lema: “¡Aguante la ficción, carajo! (p. 100).